

del que tenemos noticia a partir de las acciones que el deseo nos presenta y propone. No podemos ignorar ese orden inconsciente que actúa en nosotros –arteterapeutas, supervisores y arteterapeutizando-, más bien tenemos que concederle un lugar principal en la supervisión para permitirnos abrir nuestra escucha, renovar nuestra mirada y leer en apertura aquello que las formaciones de dicho inconsciente muestran y convocan en nuestro humano quehacer. Necesitamos de una teoría y de una reflexión sobre la práctica de nuestro método que no ignore dicha dimensión para no actuar precisamente nuestro deseo inconsciente cargándolo a hombros del arteterapeutizando. Para ajustarnos a sentir su presencia sin la necesidad de producir interpretaciones defensivas, reactivas, que antes que integrar su capacidad de proponer soluciones creadoras, las rechaza.

Tal vez podamos arrojar una mayor luz a lo anterior si avanzamos sobre la propuesta de supervisión y su acotación en el análisis de casos.

#### **La supervisión puede estar íntimamente ligada al análisis de casos pero, ¿qué es un caso?**

Un caso no debería ser un ejemplo que se pone para enfatizar o ilustrar determinados aspectos que puedan generalizarse de la práctica profesional, más bien hay que buscar en él los elementos que nos procuran la posibilidad de reabrir la reflexión sobre la misma. En todo caso la generalización que podemos hacer es la invitación a pensar la singularidad, la radical heterogeneidad de cada persona. Sus modos de sentirse vivo, de amar, de sufrir, de odiar, de mantenerse en la

ignorancia de su subjetividad, de sus formas de desesperar o de esperar resignado... De cómo se atenaza en sus conflictos y de la forma en la que plantea sus resoluciones, ya sean creadoras o sintomáticas. La generalización más provechosa que se puede hacer de un caso es aprehender el modo de posicionarnos en constante apertura hacia nosotros y hacia la singularidad de cada una de las personas que atendemos. A la singularidad de los modos de atención que desarrollamos.

Un caso sirve sin duda para interpelar a la teoría y renovarla, para permitir sus reescrituras de forma que estas nos permitan, a su vez, situarnos en una nueva posición de experiencia y apertura en los distintos casos que vamos a atender. Pero un caso no muestra una patología que va a ilustrarse. No es un anónimo de drogodependencia, anorexia, neurosis obsesiva -T.O.C. en una de sus formas de representación actual, más aligerada de su concepción etiológica...-. Como hemos dicho anteriormente, es la persona ha desarrollado su propio modo de (re)presentarse, que sufre, que desea -o no-, que se impulsa hacia la muerte o que tal vez, simplemente, esté impedida de vivir. Una persona situada más allá del síntoma y de sus dificultades, que nos mostrará como también en ellas, está presente su capacidad de creación. Es nuestra tarea despejar nuestra mirada, afinar nuestra escucha para disponer un marco a partir del cual pueda construir sus propias suertes. Donde barajar otro destino.

Un caso es una narrativa particular y vital que testimonia un encuentro singular, encuentro que enlaza esa creación compartida y asimétrica del proceso arteterapéutico entre el arteterapeuta y su arteterapeutizando. Entre el arteterapeutizando y su arteterapeuta (3. Izuel, M. 2009).

### Supervisar es entonces hacer caso

Pero ¿de qué, a qué, a quién? Si pensamos a la persona en su amplia riqueza potencial acordaremos que tiene una capacidad de expresión, de modulación, de fertilidad, de capacidad ejerciente de su subjetividad, que quedaría reducida a una triste condición residual si a su vez el profesional la redujera a un objeto sobre el que se piensa en vez de con el que se generan las condiciones de la sesión, del proceso y del acto arteterapéutico.

Se tratará más bien entonces, de un hacer caso. Hacia el lado del arteterapeutizando deberemos atender a su deseo sin confundirlo con su demanda y sostener el marco arteterapéutico para facilitar el despliegue de sus producciones. Del nuestro lado será importante revisar constantemente la necesaria representación que, por ejemplo, hacemos de él en nosotros, estar atentos a nuestra transferencia. Hacer caso es atender al crecimiento de esa fina capilaridad que va desarrollándose entre el arteterapeutizando y el arteterapeuta, esa sutil relación de diferenciación implicada que se establece entre ambos a partir del vínculo. Una creación que opera a partir del sostenimiento del marco arteterapéutico, encuadre a la vez claro y flexible, realizado con el necesario ajuste para que el arteterapeutizando pueda hallarse sostenido en su capacidad de aventurarse a sentir que puede crear su existencia.

Podemos decir que hacer caso es la resultante de diversos factores, donde el principal de ellos es la dificultad del terapeuta para abrirse a la radical heterogeneidad que presenta el arteterapeutizando. Será su capacidad de mantener una escucha abierta, una mirada renovada que no reconoce las

cosas de antemano, la que lo ayudarán a situarse en posición de arteterapeuta. Ella le permitirá otorgar un contexto distinto a la propuesta de repetición transferencial. A la propuesta transferencial que trae el arteterapeutizando responde el arteterapeuta con la invitación a desarrollar un nuevo vínculo entre ambos (2. Izuel, M. 2005).

Tomando el símil de que aquello que plantea el arteterapeutizando en sus producciones pudiera tratarse de un texto, el marco arteterapéutico buscaría en primer lugar facilitar las condiciones que permitieran la descontextualización del mismo para atenuar la fuerza de la cotidianidad, de lo conocido y previsible, de una lectura mecánica donde se han perdido los matices... Se podría decir que se le propone al arteterapeutizando la posibilidad de una nueva escritura junto al sostenimiento de la disposición a una nueva lectura por parte del arteterapeuta. Una lectura abierta para que el acto de la creación vaya preparando su escena. Sin pretender saber de entrada —como tantas veces lo hacemos de forma reactiva— de que nos hablan las (re)representaciones del arteterapeutizando. Posibilitando dar otra contingencia a la experiencia para que algo nuevo pueda suceder. De este modo descontextualizar refiere también a tomar en cuenta las coordenadas simbólicas del marco arteterapéutico, ya que es su mantenimiento el que posibilita producir otro texto.

La actividad arteterapéutica, desarrollada en transferencia, con los soportes de los materiales y las producciones que se derivan, implica la (re)generación de una lengua que —en el proceso de la comunicación de la sesión— actualiza y traduce otra lengua olvidada, la que nos dio sostén y ese lugar en el



mundo cuando éramos capaces de crearlo. Tal vez una de las funciones del Arteterapia y del apoyo de la supervisión consista en ayudar a actualizar esa lengua para que dé pie a reinterpretar la existencia, a devolverle a la misma la experiencia de sentirse vivo (8. Winnicott, D. W. 2012). Por ello es tan importante que el propio texto del arteterapeuta no se imponga a la búsqueda, a veces balbuceante, de esa lengua elidida.

Dramatizar, danzar, pintar, cantar..., convocan representaciones que son -en el mejor de los casos- producciones del ser. Operadores que hacen hilo entre la continuidad / discontinuidad con lo original que representa su historia. Dentro del espacio vincular, actúan como el lugar del cambio de agujas de las vías por las que circula el deseo y sus representaciones. Producen entrecruzamientos. Unas veces habilitando representaciones olvidadas, otras, desarrollando de nuevas, en un proceso de resignificación y de creación. Entre los recuerdos, las experiencias y el cúmulo de sensaciones que no pudieron simbolizarse, su actualización en la sesión desliza una nueva posibilidad de sentido.

### **El laberinto de la supervisión y sus hilos de Ariadna**

La supervisión plantea varias escenas en una peculiar narrativa tejida con las demandas y deseos de los diversos actores que en ella participan. ¿Quién viene a supervisar? El profesional que atiende al arteterapeutizando, ciertamente. Con sus certezas e inseguridades, unas veces con su hilo perdido y otras muy bien asido -tal vez demasiado-. Pero ¿por

qué no pensamos que también lo acompañan las demandas y expectativas del arteterapeutizando, de sus familiares y de los otros profesionales que pueden atenderlo desde otra disciplina? Se trata de una narrativa que contiene los ecos de otras escenas a la que habrá de sumarse la(s) propia(s) del supervisor.

En principio el arteterapeuta trae aquello que cree le acontece al arteterapeutizando en la sesión y da cuenta asimismo de lo que a él le sucede en ese trabajo que desarrolla. Habla de la sesión, pero también de un proceso y de lo que se ha ido gestando en él a través del mismo. Seguramente a esa escena compleja se sumarán, en una resonancia coral, estén "invitados" o no, seamos conscientes o no de ello, las voces que en nosotros toman los familiares y esos otros profesionales si existen -ya sean médicos, psiquiatras, maestros, asistentes sociales etc...- con sus demandas respectivas. Demandas que a veces parecen ponernos a prueba.

Otro plano de la misma escena es el de la propia supervisión. La que se desarrolla entre el supervisando y el supervisor. Cada uno con sus construcciones, deseos y expectativas.

¿Cómo hacer para no quedar demasiado direccionado por las demandas y los deseos que circulan en esas distintas escenas? ¿Para mantener abierta la escucha y limpia la mirada sobre lo que el arteterapeutizando nos trae y hace en la sesión? ¿Qué tipo de sostenimiento hay que ofrecer al arteterapeutizando -y el supervisor al supervisando- de forma que en y de sí mismo produzca sus propias resoluciones?

Se puede responder de distintas formas y vamos a intentar hacerlo bajo el hilo de Ariadna por el que entramos en el

laberinto de la sesión de Arteterapia, y ese hilo no es otro que el de la transferencia. Si lo conseguimos nos va a permitir adentrarnos y encontrar un camino de salida, sabiendo que toda salida comporta una respuesta elaborativa y de creación a los enigmas que plantea –y que conseguimos plantearnos en- la sesión. Pero ya hemos dejado claro que un hilo se trenza a partir de otros hilos –y estos a su vez de otros-, en este caso los del arteterapeutizando, los del arteterapeuta y los del supervisor. Existe una cierta simetría entre las escenas del supervisando / supervisor y la del arteterapeuta / arteterapeutizando, pero cada una necesita de su propio tejer, de su propia resolución.

### El hilo del supervisor

Aunque parezca una obviedad, queda ya anteriormente dicho que quien supervisa es la pareja supervisando / supervisor, no sólo el supervisando. Quiero decir con ello que ambos están comprometidos, cada uno en su modo, en la creación de esta escena. El supervisor también está involucrado. Tanto con su saber como con sus propias producciones – inconscientes- personales. Nos es evidente que no debe que cargar en los hombros del supervisando una ganancia de saber a costa de éste, como éste tampoco debe hacerlo – éticamente hablando- a costa del arteterapeutizando. No se debe aprender a costa del otro ni usar al otro para satisfacer nuestro deseo inconsciente. Seguramente podríamos decir, de una forma más precisa, que no se trata de producir un saber sobre el otro, sino más bien acerca de las formas que habilitan el sostén que hace posible las condiciones para la

surgencia de la creación, para que el acto creador se actualice.

Para el supervisor será su formación, realizada a partir del dispositivo anteriormente mencionado, junto a su forma característica de transitar por su quehacer profesional, lo que desembocará en un estilo –modo específico de encontrar y proponer resoluciones abiertas a los enigmas y cierres que se le presentan en su trabajo-, lo que otorgará al supervisor la seguridad suficiente, la libertad, la posibilidad de acceder a no estar excesivamente defendido, de poder pensar y de sostener las condiciones para el acto creador. De este modo no debería parapetarse tras la teoría o sentirse cuestionado en primera persona, sino poder ofrecer un dispositivo original que permita pensar esa otra escena, la que desarrolla arteterapeutizando y arteterapeuta, como dispositivo de sostén.

Lo que se crea en la escena de la supervisión es un modo de plantearse las preguntas que reabran el sostenimiento del caso, su proceso. No es una solución determinada de antemano la que podrá ser aplicada directamente. Es una forma de atender, de hacer caso, la que se transmitirá a esa otra escena.

El supervisor atiende –sabiendo que ello se aplica a sí mismo-, a partir de su diferenciación implicada a:

- Pensar la forma adecuada de sostenimiento para con el arteterapeutizando.
- Ayudar a escuchar la propuesta transferencial del arteterapeutizando en tanto moviliza la transferencia en el arteterapeuta



- No actuar la transferencia –responder inconsciente pero directamente al deseo del arteterapeutizando en tanto moviliza el deseo o la ignorancia del arteterapeuta- y ofrecer una respuesta que permita a aquel aceptar gestar nuevas formas vinculares.
- No dar sentido demasiado deprisa a lo que ve, a lo que escucha. Se puede decir: no leer a partir de un manual ya escrito donde ir a buscar la interpretación de lo que va desarrollándose.
- Mantenerse abierto, con la mirada limpia para que la escena de la sesión se construya con las producciones que el arteterapeutizando dispone.
- Ofrecer referencias para ese sutil ejercicio de pensar al arteterapeutizando.
- Acotar un marco simbólico para que el supervisando pueda comprender sus resistencias.

### El hilo del arteterapeuta

El arteterapeuta es soporte de las proyecciones y las identificaciones del arteterapeutizando. Ello actualiza y produce resonancias propias y en ello gesta su propia transferencia. Responde modulando su respuesta para producir el pasaje de una identificación más imaginaria a una más simbólica, orientando el proceso hacia un nuevo vínculo (2. Izuel, M. 2005), pero no puede substituir al eje que conforman los materiales / los lenguajes artísticos / las producciones, que median y son mediados en y por el arteterapeutizando,

se alimentan de y alimentan lo no formulado por este. Su quehacer no substituye al acto creador.

A través de aquellos el arteterapeutizando ajusta íntimamente su interrogación y su respuesta. Proyecta y se identifica simbólicamente en las producciones, pero la respuesta que recibe, por su alteridad, es la del eco que propicia una nueva escucha de sí mismo, en la que va intercambiando los papeles de objeto y sujeto, de lectura y de lector. Alternativamente interroga a la producción y, en una suerte de desdoblamiento de sí mismo, es interrogado por su sí mismo de ésta.

No es por cierto el arteterapeuta y la escucha de la transferencia quien debe proponerse como sustituto de las producciones del arteterapeutizando. Ese hacer sería fruto de la dificultad que puede experimentar el propio arteterapeuta por no haber llegado lo suficientemente lejos en su terapia personal. Recordemos que uno puede proponerse como sustituto de diversa formas. Con sugerencias que no han sido pedidas, con propuestas que contemplan la consecución de determinados fines... A veces ello puede derivarse de su resistencia a vincularse verdaderamente al otro, porque vincularse comporta ese sostenimiento de sí mismo y no un sostenimiento en referencias desencarnadas, faltas de interiorización como las traslaciones teóricas y técnicas que, sin ser mediadas, traemos de otros contextos al de la sesión. Vincularse es experimentar el estar vivo en el quehacer de la sesión. Ello lo volverá a poner en el juego del deseo una y otra vez, con lo que comporta de pérdida, de desazón, de creación y apertura de sí mismo.

Si no se presta enteradamente -sin actuarlo como decimos-

a ese juego del deseo, puede que en una actitud defensiva intente ubicar las producciones del arteterapeutizando -o al propio arteterapeutizando-, en la/s teorías que conoce, en las opiniones de sus colegas o maestros, o en un criterio supuestamente objetivante, producto de cierto pacto social en el que el arteterapeutizando tendría que entrar para encontrar su lugar entre aquello que los demás puedan esperar de él.

¿Cómo lograr situarse en el proyecto vital que supone el trabajo arteterapéutico, esa búsqueda del ser creador sin borrarlo mediante nuestras construcciones?, ¿Cómo hacerlo si, por otro lado, también son necesarias? ¿Cómo mantener esa escucha sin cosificar al arteterapeutizando, sin transformarlo en objeto de estudio?

Por ejemplo teniendo presentes algunas de las siguientes cuestiones:

- La disponibilidad a esa sutil forma de sostenimiento para pensar al arteterapeutizando a fin de que éste no tenga que buscar durante la sesión referencias exteriores y pueda sostener, con un íntimo sentimiento de libertad, sus propias producciones.
- Habiendo sostenido lo más lejos posible el conocimiento y el reconocimiento del acto creador, que habrá obtenido en su terapia personal.
- Teniendo en cuenta que en la sesión los conocimientos teóricos y técnicos (pre)aprendidos, las opiniones de colegas y formadores sólo sirven si

los actualizamos en ella, si les damos una nueva vida en la sesión misma.

- Suspendiendo el conocimiento común que tengamos sobre el arteterapeutizando, producido en otros contextos, pues se trata, en la sesión, de descontextualizar para que la persona, su texto más propio y no sus identificaciones imaginarias, aparezca.

Si todo ello supone un ejercicio constante de interrogación, ¿cómo orientar el sostenimiento de la misma? Habiendo pasado por la experiencia terapéutica de haber sido sostenido en las propias interrogaciones, en el encuentro con sus capacidades de creación. Es ello lo que faculta a la experiencia de ser capaces de crear la sesión desde su lugar otro al del arteterapeutizando, en apertura constante a esa realidad radicalmente distinta y dispuesta que este presenta. Comprendiendo la necesidad de trabajar a fin de no quedarse encerrado consigo mismo junto a su sistema de creencias - que puede llegar a operar como una ideología, una religión o una escuela-.

La propuesta es constituir, a partir de ese espacio común con el supervisor, el accésit al reconocimiento de cómo nuestra subjetividad entra en juego para producir o impedir que lo anterior acontezca.

Un psicoanalista, J. Lacan decía "no hay más resistencia que la del psicoanalista". Por supuesto que esa no es toda la verdad, también la resistencia está -en nuestro caso- en el arteterapeutizando, pero quería indicar con ello que si un



trabajo terapéutico no marchaba era ante todo porque el profesional no podía escuchar aquello que operaba como resistencia en él. Al arteterapeuta que supervisa siempre le decimos que, cuando una situación de su trabajo se vuelve incomprensible, está atascada, debe intentar comprender qué es lo que hace resistencia en él. Se le sugiere dejar de pensar en lo que le pasa al arteterapeutizando y atender a lo que le pasa a él con el arteterapeutizando. En aquello que le puede hacer dificultad para reabrir su capacidad creadora. En la inmensa mayoría de los casos, si se puede proceder de este modo, se reanuda el flujo de las producciones y el proceso vuelve a tomar nuevos bríos.

Nuestra propia transferencia tiende un puente levadizo –se levanta o se dispone-, con el acto arteterapéutico que crea el arteterapeutizando, donde este trata de desidentificarse de sus propias representaciones desvitalizadas, para tener la oportunidad de construir la realidad adaptándola a las propias capacidades. (8. Winnicott, D. W. 2012)

### **¿Qué entendemos entonces por supervisar el encuentro arteterapéutico?**

Como se ha dicho, se trata fundamentalmente de un hacer caso. Hacer caso de y en la persona cuando sufre, se desalienta, propone, crece en él su resistencia al propio encuentro arteterapéutico, etc. En cualquiera de sus formas de representarse habla siempre, de una íntima verdad. Supervisar para hacer caso, para sostener la experiencia arteterapéutica.

Un hilo entonces compuesto por otros hilos,

- El de interrogarse e intentar responder a ¿qué nos lleva a supervisar este encuentro, esta relación arteterapéutica? ¿Qué incomodidad, cuestionamiento, interrogación? ¿Qué búsqueda de ayuda? ¿Qué tipo de ayuda? ¿Qué se quiere compartir con los colegas, con el supervisor? ¿Qué –llegado el caso- se preferiría no exponer?
- El de mantener viva en nosotros la presencia de la persona para no transformarla en un caso clínico, ilustrativo de nuestra dificultad en el trabajo o propuesta de un modelo generalizable. En todo caso lo que puede ser generalizable es el modo de pensar a la persona.
- El de entender el encuentro vital entre arteterapeutizando y arteterapeuta como la creación compartida de un relato con la dificultad que ello comporta. No es la escritura del arteterapeuta, ni tan solo del arteterapeutizando. Más bien se trata de una composición coral que para el arteterapeuta comporta la reviviscencia del propio recorrido terapéutico y el necesario (des)encuentro con lo ya anteriormente conocido de uno mismo para poder estar a la escucha de la persona.
- El de atender a los distintos focos que pueden proyectar luz –y sombras- a la escena arteterapéutica. El de la teoría, que tanto interroga nuestra práctica profesional y la lectura que hacemos de la misma cuando esta nos demanda la remoción de aquella. El de los afectos que nos suscita, viabilizados en la transferencia, que debemos comprender para no actuarlos, para no

buscar su satisfacción en el encuentro. El del encuentro en la sesión, cruce que pone a prueba la teoría con el deseo y puesta en escena de su interpelación, de su diálogo, de su diferenciación. Forma privilegiada de desarrollo profesional, de sostenimiento de una práctica y de capacidad de desarrollar una teoría en constante interpelación.

- El de recordar que supervisar supone un encuentro ético (4. Izuel, M. 2010). De respeto profundo al otro y hacia nosotros. Sosteniendo nuestra posición comprometida de estar en posición de arteterapeuta, con y hacia lo radical, heterodoxamente distinto del otro y de ese Otro que nos habita. Con ese radical exterioridad interior de nuestro inconsciente.
- El de reabrir nuestra organización defensiva y ponernos en contacto con las multitudes más o menos bien avenidas que nos conformaron y conforman.
- El de sostener el interés hacia / por la persona, en el potencial creador de su propia existencia, y a la representación que se va gestando en nosotros de esta como algo vivo y cambiante.
- El del comprender que, finalmente, en Arteterapia no se trata de arteterapeuta ni de arteterapeutizando, sino de acto creador gestado entre ambos y liberado de ambos, que se resignificará, finalmente, en lo propio de cada uno.

### Unas palabras para finalizar

Desearía que el lector –al cual no sabré nunca si deberé agradecerle su interés o su paciencia- haya podido interpelar el texto y, en algunos momentos, haberse dejado "leer" por él haciéndoselo suyo.